

Los pasos perdidos de Alejo Carpentier

Escribe: JOSE ANTONIO REY DEL CORRAL

El escritor cubano Alejo Carpentier, nacido en 1904, es hombre de sólida cultura, no solo en el sentido de poseer una gran erudición, sino en el de saber situar esos conocimientos en el tiempo presente, extrayendo de ellos lo que puede haber de clásico, es decir, vivo, permanente, elevándolos a una categoría conflictiva que en él y en ese contrapunto suyo que es el narrador de *Los pasos perdidos*, vienen a significar y demostrar que el hombre es una naturaleza histórica. Carpentier asume este postulado con toda conciencia.

Autor de varias novelas y ensayos, la novela que nos ocupa, *Los pasos perdidos*, fue publicada en México en 1953. El título es significativo del contenido. El narrador —Carpentier, salvando lo que puede haber de anécdota inventada— protagonista de la acción que se desarrolla a lo largo de la novela, nos cuenta a modo de diario un viaje que le lleva desde Nueva York —según referencia de Anderson Imbert— a lo más intrincado de la selva amazónica. La duración del viaje es de mes y medio y viene a acaecer hacia el año 1950 aproximadamente. La acción se nos narra en seis capítulos, a través de una prosa que tiene mucho de poética y mucho de ensayo, y cada uno de esos capítulos va precedido de una cita literaria en este orden: del Deuteronomio, de Shelley, de “El libro de Chilam Balam”, del “Popol-Vuh”, de los Salmos y de Quevedo. Este aspecto nos ilustra en gran parte del propósito del autor de hacer de la novela un objeto de cultura.

La acción es como sigue: un músico, el narrador, hombre que pertenece a la clase intelectual, casado con una actriz de teatro, Ruth, visita el escenario del teatro en que trabaja su esposa. En cartel está la misma obra hace cuatro años y siete meses. Se trata de una pieza sobre la Guerra de Secesión. Ahí, evoca el ambiente de la época a que alude la representación, con lo cual nos sitúa en el Romanticismo, porque hay que decir que el viaje que nuestro narrador emprende es triple en su significado y sustancia: uno, el real, que le va a llevar a la selva amazónica; otro, el viaje

a través del tiempo histórico, y un tercero hacia la propia infancia. Los pasos perdidos de estos dos últimos los va a reconstruir como un *leit-motiv* de la obra a través de la gestión del primero.

La captación de la cultura en que vive, la toma de conciencia de su significado, nos la da cuando dice: “habíamos caído en la era del Hombre-Avispa, del Hombre-Ninguno, en que las almas no se vendían al diablo, sino al contable o al cómitre”. Es decir, nos presenta el rostro de una cultura y una sociedad, como es la norteamericana en su fase de capitalismo más extremo, una sociedad de consumo en la que las relaciones individuales y la personalidad han sido dirimidas en el anonimato, en la frialdad de la división del trabajo, que alojando al hombre en límites estrictos, lo enajena, sin darle a cambio las raíces de las que procede, de las cuales ha perdido toda memoria. El narrador va a presentarnos el proceso de recuperación de esta memoria, lo cual nos plantea un evidente paralelismo con la temática proustiana. Un primer exponente de ese encuentro consigo mismo será el provocado al conjuro de los versos de Santa Rosa de Lima:

*“¡Ay de mí! ¿A mi querido
quién le suspende?
Tarda y es mediodía
pero no viene”,*

que de inmediato nos traen al lugar de su infancia, resumido en el temple emocional del lenguaje castellano. El narrador impulsado por el azar va a cierta universidad en la que conoce al curador del Museo Organográfico, quien le propone una expedición en busca de los instrumentos musicales más primitivos, ya que conoce la preparación del narrador para tal empresa. Conviene decir que este tiene esbozada una teoría sobre el origen de la música, parangonándolo con el alba de las artes plásticas como mágico ardid de caza y aprehensión, pues “los ritmos elementales serían los del trote, galope salto, gorjeo, trino”, teoría que él llama “mimetismo-mágico-rítmico”. Esta preocupación por las fuentes, es expresiva del artista de nuestro siglo que agobiado por la complejidad del arte de nuestros días, busca un respiro refrescante en los orígenes de su arte. Tal, Picasso volviendo a las estilizaciones africanas, o Carl Orff acudiendo a los himnos medievales, o un Bartok bebiendo en las fuentes del folclore. Igual que hubo un Renacimiento que creyó restaurar el orden clásico el artista de hoy busca un ingenuismo y primitivismo que nunca podrá ser originario, sino una decantación histórica.

Rechazada la propuesta del curador, va a casa de su amante. Allí encuentra una reunión de intelectuales que lo mismo hablan de publicidad “que iban del *da-sein* al boxeo”, “de la cábala a la angustia”, “del teatro isabelino a la gnosis”, “del platonismo a la cupunctura” en una caótica mezcolanza que nos prueba de un lado, la facilidad de información de que goza la sociedad de consumo, y de otro, el naufragio del hombre de nuestro tiempo en los tiempos y espacios todos, anhelante de resumir en una única experiencia vital e intelectual la historia. Cuando el narrador, en el mo-

nólogo interior en que descubre ese ambiente piensa: “los dados de Hugo —uno de los asistentes— me habían recordado el verso de Mallarmé”, se refiere sin duda al verso: “un golpe de dados jamás abolirá el destino”, verso, recordemos de paso la influencia que ejerció en César Vallejo, que lleva implícito todo un absurdo, una llamada a lo irracional, paradójicamente tan unido al proceso de tecnificación de la sociedad contemporánea, y que es síntoma de la etapa de disolución de la clase burguesa.

Mouche, la amante, que es astróloga, vale decir que admite las fuerzas irracionales, le insta a hacer el viaje, al que ha de acompañarle, pues consultados los astros, los signos se muestran favorables. El narrador acude de nuevo al curador para decirle que acepta, y tiene ocasión de ver el Museo de Reproducciones Fotográficas, donde en singular acumulamiento caótico se muestran toda la arqueología e historia del hombre: Manet, Goya, Le Nain, la Europa Merovingia, Micenas, rascadores, hachas, restos magdalenenses, solutrenses. Esta visión tiene un aire de cosa muerta y marca un admirable contrapunto con lo que va a encontrar vivo y en función a lo largo de su viaje.

El avión —sueño de Icaro— los lleva a una ciudad de un país suramericano que bien puede ser Venezuela y la primera constancia del paso del tiempo la connota en las fortificaciones construídas por Felipe II, que vislumbra a su llegada. La fuerza del idioma le agarra por segunda vez al entrar en contacto con las gentes: “Y una fuerza me penetra lentamente por los oídos, por los poros: el idioma. He aquí, pues, el idioma en que aprendí a leer y a solfear; el idioma enmohecido en mi mente por el poco uso, dejado de lado como herramienta inútil, en país donde de poco pudiera servirme. *Esto, Fabio ¡ay dolor! que ves agora*”. Como las ruinas de Itálica, su mundo origen es un derrumbe: Hay una evocación de la *belle époque*, a través de una función de ópera a la que asiste con Mouche. Una revolución estalla súbita y les aísla en el hotel, donde conocen a una ambigua pintora canadiense que les propone trasladarse a su casa en un próximo pueblecito de carácter residencial. Cuando pueden, al fin, trasladarse, el narrador tiene ocasión de revivir una nueva escena con intelectuales esnobistas, en los que no halla ninguna autenticidad y huyendo de ellos se encuentra con un arpista que con sus ritmos y melodías lo retrotrae a una evocación del mundo medieval, primer síntoma de una serie de ellos en los que descubrirá que las raíces de lo medieval siguen afirmándose en tierra suramericana.

Al día siguiente parten hacia su destino, y el viaje va significando gradualmente una toma de contacto con las fuerzas telúricas. Cruzan los Andes y encuentran a Rosario, la mujer símbolo de una raza de razas. Las aldeas, las casas perdidas, la vida que empieza a tornarse elemental, el rebuzno de un asno que le recuerda al Toboso, son una serie ininterrumpida de evocaciones del tiempo pasado, una presencia de otras edades —las de la Conquista y el Descubrimiento—. Rosario va despertando su atención, tanto más si la compara con Mouche, cuya presencia va paulatinamente desentonando con el ambiente. Ve “en ella varias razas”, “india por

el pelo y los pómulos, mediterránea por la frente y la nariz, negra por la sólida redondez de los hombros y una peculiar anchura de la cadera". Es la presencia del mestizaje, estamos ante la criba de una nueva raza, llena de posibilidades, atada todavía a la incertidumbre.

En una parada del autobús, oye la Novena Sinfonía, presencia mágica de Beethoven, que durante tanto tiempo había rehuído y que el milagro de una radio —imaginemos el significado profundo de tal medio de comunicación en una sociedad que se va haciendo más elemental cada vez— le depara. La música le adentra por los caminos de su historia personal, que es la historia de una emigración y que es la historia de tantas gentes de la tierra americana. Recuerda a su padre, músico, protestante, de antepasados hugonotes expulsados de Saboya por el Edicto de Nantes, que más tarde fueron enciclopedistas. Su padre salió de Europa a causa de la primera guerra mundial y casó en América con una católica; América, yunque no solo de razas, sino de ideas y creencias también. Un padre que le inculcó desde niño la añoranza de una Europa tradicional: Heidelberg, Mirabeau, Zola, etc. y a la que iría más tarde en busca de una identidad, para hallar que habían regresado las brujas, la quema de libros, la Inquisición, las muertes masivas en las plazas de toros —alusión a la guerra civil española—, donde todos los valores añorados habían sido suplantados por una nueva ordalía, una hecatombe, la segunda guerra mundial, en la que participó, siendo testigo de los horrores nazis, de la que se desengañó profundamente "jamás hubiera podido imaginar una quiebra tan absoluta del hombre de Occidente como la que se había estampado aquí en residuos de espanto".

En la continuación del viaje tiene ocasión de ir descubriendo la autenticidad de Rosario, su ingenuidad, su adecuación al mundo en que vive, y la compra inevitablemente con la degradación de Mouche. Para Rosario lo que "los libros dicen es verdad" y en consecuencia, la fantasía, el soñar forman parte de su vida. Este descubrimiento de Rosario lleva parejo la recuperación de un recuerdo acerca de una niña, María del Carmen, con la que jugaba de niño a viajes en un barco que no era sino una cesta de lavandería. Parece como si el tiempo le hubiera devuelto aquella niña, ampliada, hecha mujer. Más tarde llegan al Valle de las Llamas, mundo infernal del que se extrae el petróleo, y donde conocen a un griego buscador de diamantes, de nombre Yannes, de la estirpe de Ulises, testimonio vivo de una nueva diáspora en busca de oportunidades, que tanto se parece a los héroes de los Nostoi (Regresos), un poeta de la acción, en suma.

Conforme van avanzando río arriba, ahora en compañía del griego, va descubriendo una naturaleza cada vez más impresionante y los hombres que en ella viven: "los hombres tratan con rudeza irónica a las mujeres", cosa que a ellas parece gustarles. Llegan a los espacios abiertos, la tierra del caballo, portador de la civilización, forjador de distancias en íntimo consorcio con su amo, el hombre: "En las tierras del caballo parecía que el hombre fuera más hombre. Volvía a ser dueño de técnicas milenarias...". Hacen parada en una villa, Santiago de los Aguinaldos, donde en la figura de unos danzantes indios vuelve a hallar el rastro de lo medieval, en una representación que tiene mucho de danza macabra y de

carnaval, con mezcla de elementos autóctonos y cristianos. Un trasunto del descubridor y misionero, nos lo ofrece la figura de fray Pedro de Hines-trosa, personaje que parece salido de una crónica de la Conquista. El romancero se le advierte por medio de unos punteadores que sin saberlo cantaban a Carlomagno, a Ganelón, a los Infantes de Lara. “Me preguntaba yo si el papel de estas tierras en la historia humana, no sería el de hacer posible, por vez primera, ciertas simbiosis de culturas”.

La llegada a Puerto Anunciación es la llegada a la tierra del perro, inseparable de los grupos humanos más primitivos, primer animal doméstico. A partir de aquí, se va haciendo más notoria la inadecuación de Mouche al medio ambiente, quien viene a estar como una estrella cinematográfica en una película de la selva, maquillada e inauténtica. Estamos en la selva “nación escondida, mapa en clave, vasto país vegetal de muy pocas puertas”. Surge la figura del adelantado que irá cobrando relieve en el transcurso de las páginas siguientes. El padre de Rosario muere y “frente al cadáver, esas campesinas clamaban en diapasón de coéforas”. “La madre —de Rosario— era Hécuba”. Estamos ante ritos y comportamientos que cualquiera creyera de la antigüedad clásica y que sobreviviera entre aquellos grupos humanos que no han sido enajenados por ciertas formas de urbanidad e indiferencia. Rosario y el narrador van acercándose más cada vez. Yannes le dice: “Entrando en la sala hallarás primero a la reina, cuyo nombre es Arete y procede de los mismos que engendraron a Alcinoó” y es que el griego también ve plasmadas en Rosario a través de los versos parafraseados de la Odisea, las circunstancias de la mujer de la Grecia clásica.

El viaje prosigue. El paisaje se adueña cada vez más de las conciencias, en una suerte de omnipresencia que es casi locura en las páginas de Carpentier. Los bohíos indios le evocan las casas griegas. Encuentran al científico Montsalvaje, ¿un alquimista?, rodeado de sus hierbas y venenos, juntamente con los hermanos de Yannes que renuevan “el rito secular de la sal, el pan y el vino”, razón de necesidad en sociedades donde el peligro y la amenaza de una naturaleza hostil, cercan al hombre. Junto al fuego se renueva también el mito del Dorado. Estos griegos son una respuesta dada por el tiempo, al antiguo modelo de los conquistadores, los Federmann, los Orellanas, los Belalcázar. Los motivos que movieron a aquellos siguen vigentes en nuestros días.

Mouche demuestra a Rosario sus tendencias lesbianas y hay una pelea por ello entre ambas mujeres. Mouche enferma. “Mouche, aquí, era un personaje absurdo. Su tiempo, su época eran otros. Se ve obligada a desandar parte del camino, dejando con ello a Rosario y al narrador solos. Río arriba. Se adivina la cercanía de toda una fauna rampante, del lodo eterno, de la glauca fermentación”. La naturaleza lo es ahora todo. Su presencia omnímoda hace que el miedo pánico posea al narrador. Pasan por un poblado indio y el narrador halla que en su ámbito son “dueños de su cultura, ajenos al absurdo concepto de salvaje”, estableciendo así una suerte de relativismo en torno a las diferentes etapas civilizadoras entre sí. Fray Pedro dice misa y el narrador cree hallarse en el siglo XVI: “Y me percato ahora de esta verdad asombrosa: desde la tarde del Corpus en Santiago de los Aguinaldos, vivo en la Edad Media, junto a la Era Paleolítica”.

Más adelante llegan a otro poblado indio, que se halla en un proceso de evolución anterior al magdalenense, pero donde ya ha sido estatuida la esclavitud, en la persona de dos miserables esclavos de esclavos en un mundo esclavizador. El salto atrás es tremendo: "nada común hay entre estos entes y yo. Nada". Son "los tragadores de gusanos, los lamedores de tierra". Asiste al acta de nacimiento de la música, en el grito, lamentación o exorcismo de un hechicero y de aquí, concibe la elaboración del "Treno", abandonando su antiguo proyecto del *Prometheus Unbound* sobre el poema de Shelley.

En compañía de Rosario, El Adelantado y fray Pedro, llega a Santa Mónica de los Venados, ciudad o proyecto de ciudad a cargo del Adelantado, testimonio del encuentro entre individuos pertenecientes a dos etapas con un desarrollo muy diferente de cultura. Ahí, se entera que Marcos, el mestizo hijo del Adelantado, narró dentro de una cosmogénesis apropiada al medio de la selva, el diluvio universal, renovado de este modo tantas otras versiones del mismo fenómeno, que van desde la Utanaphistin a la de Noé.

Un día emprende una excursión a la tierra del ave donde observa extraños petroglifos cuya significación se ha perdido. "Esta es la vegetación diabólica que rodeaba al paraíso terrenal antes de la culpa", decide en un sitio donde ya la naturaleza ha sido prácticamente violada. Reconoce a través del leproso el miedo ancestral a los de su condición.

Un día, un avión que lo está buscando por creerlo perdido en la selva, hace su aparición ante el asombro de los nativos: "no son ciento cincuenta metros los que separan la máquina volante del Capitán de Indios, que la mira, desafiante, con la mano aferrada al arco: son ciento cincuenta mil años". Convertibilidad del tiempo histórico en un solo instante.

Durante su estancia en Santa Mónica ha ido escribiendo su "Treno" y en la necesidad que tiene de tinta y papel se nos muestra implícitamente que su condición es de otro mundo: "a tres horas de aquí hay papel y tinta. A tres horas de aquí", y "lo hecho no acababa de estar hecho mientras otro no lo mirara". En estos dos pensamientos se refleja perfectamente la diferencia de tiempo histórico en que están viviendo los habitantes de Santa Mónica y el mundo del que procede. "Son llamadas apremiantes del té y del vino, del apio y del marisco, del vinagre y del hielo".

Regresa a su país, decidido a volver a reunirse con Rosario y en solo unas horas vemos como desanda, valga la metáfora, el camino que le ha llevado mes y medio recorrer en cuanto espacio geográfico, y ese otro mucho más largo de la evolución.

Ha viajado a través del tiempo desde la sociedad capitalista y de consumo, a la Edad de Piedra, siguiendo los jalones del Romanticismo, Renacimiento, Medievo, la Antigüedad. Ha ido desde la Era Nuclear y la complejidad industrial y técnica del mundo contemporáneo hasta la protohistoria y el Génesis. Ha recorrido el itinerario de la evolución, constatándola a través de testimonios vivos, no solo de restos que la arqueología nos dice a qué fecha pertenecen. Su viaje ha sido un encuentro con la poesía, en el

sentido más etimológico de la palabra: un encuentro con la creación. Pero su deserción de un mundo que no perdona cuando se le encara, lo rechaza y aniquila. Por eso, cuando separado de su esposa quiere volver, cabe afirmar que ya no pertenece a nadie: ni a los que busca ni a los que deja. La inocencia encontrada y el regreso a un mundo que él considera mentiroso, crearán un conflicto que ya nunca le abandonará. Por eso, cuando en Puerto Anunciación, se entera de que Rosario y Marco se han casado, no nos sorprende demasiado la aceptación tan fácil por parte del narrador del hecho acaecido, porque en realidad, él mismo ya sabía conscientemente su cualidad de desarraigado.

Hemos asistido a través de las páginas de *Los pasos perdidos*, a la Evolución con mayúscula, a través de un viaje regresivo. Hemos visto renovado el mito de Sísifo, que el hombre lleva todavía en sus hombros el peso de una piedra que es tradición y es búsqueda.